

Y dirigiéndose á los jueces añadió:

—Espero que me ahorrarán inútiles tormentos, puesto que inmediatamente hice las mas completas confesiones. Se quiere que repita yo lo que he dicho? Voy á hacerlo, y á decir otra vez los nombres de todos esos grandes personajes que están escondidos despues de habernos lanzado hácia el cadalso.

Y Coconas repitió en efecto, las confesiones que ya habia hecho en su primer interrogatorio; pero eso no le libertó de los dolores del tormento.

—Es posible,—decia en medio de los mas crueles padecimientos,—que el rey, contra quien nunca he emprendido nada, no tenga en cuenta mis buenos servicios del dia de *San Bartolomé*? Dónde hallará en adelante un brazo mas ardiente para esterminar á sus enemigos?

De la sala del tormento, los dos condenados fueron conducidos á la capilla, donde los esperaban dos confesores que debian acompañarlos hasta la plaza de Grève, lugar de la ejecucion.

Cuando acabaron de confesarse, se les hizo subir en una carreta, que tomó inmediatamente el camino de Paris, á donde llegó hácia el medio dia, en medio de una multitud inmensa, ávida de emociones, y poco dispuesta á compadecerse de los cortesanos, fuese cual fuese la mano que los ponía en manos del verdugo.

Fué necesario llevar al cadalso á La Mole, cuyas piernas estaban quebradas.

El que se habia mostrado tan resuelto en medio de los mas espantosos tormentos, pareció haber perdido en aquel supremo instante toda su fuerza de alma; su cabeza estaba inclinada sobre su pecho; su mirada estaba apagada, y un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

Ya la multitud le acusaba de cobardía, cuando por un esfuerzo sobrehumano, alzó altivamente la cabeza, paseó en su derredor una mirada segura, y con una voz firme, dijo:

—Margarita de Navarra, yo os perdono!... Honor á las damas!

Luego besó el crucifijo que le presentó su confesor, y apoyando su cabeza sobre el poste, exclamó:

—Hiere!

Y al mismo tiempo su cabeza fué separada del tronco y rodó sobre el cadalso.

Coconas, que habia sido testigo de todo eso sin parecer que se conmovia, se adelantó inmediatamente, sin que fuera necesario sostenerle, porque habia sido ménos maltratado que su amigo por los atormentadores.

—Vamos, amigo,—dijo al verdugo,—no me trates como yo traté á esos perros hereges á quien mataba á pequeñas heridas; soy buen católico y doy mi alma á Dios.

Dicho eso, se arrodilló, y segun su deseo, fué decapitado de un golpe.

Ese mismo dia, la reina de Navarra y la duquesa de Nevers, habian dejado á Vincennes para ir á Paris, donde habian llegado muchas horas ántes que el fúnebre cortejo, no para intentar salvar á los condenados, porque no habian pensado

en ello ni un solo instante, sino para satisfacer un increíble capricho que les habia venido á las dos al mismo tiempo.

Habian poseido á esos dos hombres vivos; querian poseerlos muertos, probablemente con el fin de que esos desgraciados, que habian sido cómplices de sus desórdenes durante su vida, fuesen testigos de ellos despues de su muerte.

Cuando llegó la noche, se hicieron conducir por servidores bien armados á la casa del verdugo, en la que entraron resueltamente, mandando á sus gentes que cuidaran bien á fuera.

Una muger vieja que en el interior les habia abierto la puerta, las condujo á una sala baja, en que el ejecutor, sentado ante una mesa, una jarra de vino y una taza, descansaba de los trabajos del dia.

—Señor,—le dijo la reina de Navarra,—me han afirmado que ordinariamente quedan en vuestra casa durante uno ó dos dias los cuerpos de los ajusticiados.

—Es cierto,—respondió el verdugo,—á ménos que sea caza de Montfaucon, me es fuerza esperar á que el prevoste de Paris disponga de ellos.

—Es decir, que segun vuestro deber, los dos gentiles-hombres que hoy....

—Están donde deben, esperando otro lecho.

—Hemos venido á verlos.

—Con permiso de....

—De ninguno, porque nuestra voluntad vale por todo: Tomad esto, y llevadnos al instante á donde están.

A estas palabras echó sobre la mesa un bolsillo bien lleno, que el ejecutor tomó ávidamente; luego se levantó, encendió una antorcha de resina en la vela que ardía encima de la mesa, y levantando una trampa situada en el fondo de la sala:

—Es cosa desagradable de ver,—dijo,—pero sois señoras á quienes no se rehusa nada. Seguidme, y haga nuestro clemente Señor Jesus, que no os falte el corazon.

Diciendo estas últimas palabras, comenzó á bajar por una escalera estrecha y húmeda.

Margarita le siguió con resolucion, y detras de ella se adelantó la duquesa de Nevers, pálida como un espectro, y pronta á desmayarse.

Despues de haber bajado una veintena de escalones, entraron, siempre precedidas de su guia, en una cueva en cuyo suelo estaban tendidos los dos cadáveres.

El verdugo separó la paja que los cubria, é hizo notar que habia unido cada cabeza á su tronco, á fin de poder entregar cada cadáver entero si se le daba la orden.

—Oh! sí! sí! le reconozco,—esclamó la reina, cuyo semblante animado y cuya mirada chispeante animaba un sentimiento muy diferente del dolor;—La Mole! el muy amado de mi corazon! Oh! si mi amor pudiera volverle á la vida!...

Puso una rodilla en tierra, é inclinándose hácia la cabeza ensangrentada del jóven, apoyó sus ardientes lábios en los que la muerte habia helado.

La duquesa de Nevers quiso imitarla, pero le faltaron las fuerzas, y soltó prontamente una de las manos de Coconas que habia intentado acercar á sus lábios.

—Necesitamos estas dos cabezas, señor,—dijo Margarita con una voz vibrante.

El verdugo hizo un gesto de sorpresa y casi de espanto; pero la reina le tendió otro bolsillo mas lleno que el primero, y luego sacando de debajo de sus vestidos un saquillo de terciopelo bordado de oro, lo abrió y señaló con el dedo la cabeza de La Mole, la cual cogió el verdugo y la colocó en el saquillo.

La misma operacion fué hecha por la duquesa de Nevers, quien temblaba y apenas se sostenia, al recibir en un raso semejante al de su compañera, la cabeza de Coconas.

En seguida las dos se apresuraron á reunirse á sus gentes, bajo cuya escolta volvieron á su coche que las esperaba á alguna distancia de aquella siniestra habitacion.

Muchos historiadores afirman que esas mugeres, complaciéndose en una especie de adulterio póstumo, hicieron embalsamar las cabezas que habian obtenido á precio de oro, haciendo de ellas el objeto de una especie de culto hasta el fin de su vida; pero es difícil de creer, sobre todo de parte de la reina de Navarra, muger ardiente y desenfrenada, que solo tenia sentidos y no tenia corazon.

